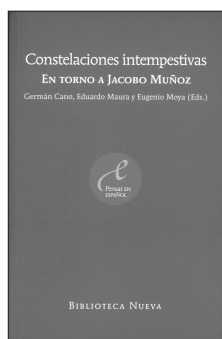


La contemporaneidad radical de Jacobo Muñoz

Javier Ruiz Moscardó



Constelaciones intempestivas: en torno a Jacobo Muñoz

Germán Cano, Eduardo Maura & Eugenio Moya (eds.)

Biblioteca Nueva, Madrid, 2015.

(Con ensayos de: Ángeles J. Perona, Ángel Manuel Faerna, Ángel Valero, Celia Amorós, Eduardo Maura, Eugenio Moya, Francisco Vázquez García, Germán Cano, Jorge Novella Suárez, José Luis Moreno Pestaña, Luis Arenas, Manuel Cruz, Mario Espinoza Pino, Nicolás Sánchez Durá, Pablo López Álvarez, Pedro Chacón, Ramón del Castillo y Vicente Sanfélix.)

DE MAESTROS, DISCÍPULOS Y TRANSICIONES

Parece que los maestros han pasado de moda. La pedagogía oficial nos cuenta en discursos y legislaciones que son antes un lastre que una inspiración: una figura incompatible con la transmisión de unos conocimientos que cambian a la misma velocidad con la que un flujo de capital cruza el planeta. A su obsolescencia programada se contraponen el nuevo dogma de «aprender a aprender», horizonte de toda educación a la altura de los tiempos; a la sustancialidad del conocimiento se la combate con la for-

malidad de las destrezas, las capacidades y las aptitudes; a las clases *magistrales* ha de sustituirlas el trabajo interactivo de equipos en pie de igualdad. Y así hasta que los maestros muten poco a poco en *managers* y *coaches* que despierten en el alumno al emprendedor que lleva dentro sin saberlo. La perversión más absoluta de Sócrates perpetrada, también, en las facultades de filosofía.

Es por ello que el punto de partida de *Constelaciones intempestivas: en torno a Jacobo Muñoz* navega ya a contracorriente. Se trata de un libro en el que un conjunto de discípulos de variada procedencia rinde homenaje a quien

fuera uno de sus padres intelectuales. Y, por eso mismo, sobrevuela por todas sus páginas el tácito reconocimiento de que sin maestros no puede haber educación ni universidad. Mucho menos filosofía. Sí, en cambio, escolástica: en unos tiempos en los que nuestro trabajo suele consistir en hacer comentarios a otros comentadores (requisito para publicar en *revistas científicas especializadas con índice de impacto y proyección internacional*, en las que, huelga decirlo, pensadores como Ortega, Wittgenstein o Nietzsche no habrían publicado un solo artículo), es consolador leer un conjunto de trabajos que, cada cual a su manera, se rebela contra esta encorsetada y falsaria concepción de la erudición, contra el academicismo en el peor de sus sentidos, contra la superficialidad disfrazada de rigor. Si la filosofía claudica ante este estado de cosas y la universidad se pliega al sino de los tiempos, nuestra disyuntiva oscilará entre repoblar el jardín de Epicuro o abandonar toda esperanza. Aprovechemos, pues, esta breve reseña para reivindicar, en sintonía con la obra que nos ocupa, la importancia nuclear de la figura del maestro, como requisito consustancial al ejercicio del pensamiento y al desarrollo intelectual de los pupilos.

El otro punto de partida, también transversal a la mayoría de artículos de la obra, resulta además de un interés histórico irrenunciable para todos los que estamos concernidos por la filosofía institucional española. Y es que al hilo de la semblanza de Jacobo Muñoz se traza, sobre todo en la primera sección del libro, un recorrido por una de

las varias transiciones que vivió nuestro país tras la muerte de Franco: la de la universidad española en general y, dentro de ésta, la de los estudios de filosofía en particular. En un ambiente dominado por la ortodoxia escolástica, el lento pero firme avance de jóvenes filósofos madurados en la periferia de la universidad (criados al albur de figuras como Aranguren, Tierno Galván, García Calvo, Lledó y Sacristán, todos con sus tensiones y fricciones institucionales) fue copando los puestos docentes antaño destinados a la *intelligentsia* oficialista. En el caso de Jacobo Muñoz, su trayectoria puede resumirse en tres etapas: su formación en Valencia (en una atípica facultad en la que impartían clases, por ejemplo, personajes tan innovadores como Fernando Montero y Carlos París), su traslado a Barcelona (donde elegiría a Emilio Lledó como director de tesis y entablaría una fructífera relación con Manuel Sacristán) y la etapa definitiva en la Universidad Complutense de Madrid, donde accedería como profesor agregado en 1979 hasta devenir catedrático en 1983. El ascenso no estuvo exento de dificultades, pero una vez sorteadas las tensiones políticas con las que debía lidiar todo advenedizo con voluntad regeneradora, nuestro filósofo, según resume Francisco Vázquez García, «gracias a su capacidad para promover proyectos intelectuales y dinamizar a su alrededor las energías creativas, va a fraguar una red de discípulos, colaboradores y contactos» a lo largo de su extensa etapa madrileña (p. 112). Si no se trata de crear escuela en sentido estricto, sí de concitar en torno a sí una suerte de red

intelectual que germine y espolee el necesario ejercicio de pensar el presente. La mayoría de aquellos colaboradores son hoy día prestigiosos filósofos y profesores universitarios. De nuevo, aunque sea sin los excesos que tanto se han señalado, procede reivindicar la importancia de la figura del maestro. Pues es harto dudoso, si atendemos a los variados testimonios del libro, que una red así pudiera tejerse sin la voluntad y perseverancia del homenajeado.

MILITANCIAS FILOSÓFICAS Y POLÍTICAS

Pero, ¿a qué dedicó su actividad filosófica Jacobo Muñoz? ¿De dónde proviene su reputado magisterio? ¿Cuál es su importancia en la filosofía española? ¿Qué posibilidades abrió y en qué marco debemos insertarlo? De los artículos de la primera parte se desprenden materiales útiles para cartografiar la posición de Jacobo Muñoz y su obra en las coordenadas de la renovación filosófica que supuso el tránsito a la democracia. El mapa general, antes de adentrarnos en los pormenores de Muñoz, podría esbozarse como sigue.

La «transición filosófica», como la política, venía fraguándose tiempo antes de la muerte del dictador. En efecto, la poco estimulante amalgama de tomismo, escolasticismo y sermones del Opus Dei que dominaba el panorama universitario, envuelta en una coraza impermeable a cualquier influencia de corrientes extranjeras, estaba llamada a implosionar más pronto que tarde. Y así, cuando desde comienzos de los

70 se reúna una nueva generación de estudiantes dispuestos a batallar por el relevo junto con la asimilación de corrientes de pensamiento ninguneadas por los planes establecidos, será cuestión de tiempo que la semilla del cambio dé sus frutos.

De todos los nódulos semi-periféricos que batallaban por la actualización de la filosofía, el de Barcelona fue uno de los más importantes. Cabe destacar, además, que los grupos renovadores acompañaban su militancia filosófica de un profundo compromiso político. O mejor: emprendían su tarea filosófica como una variante de su militancia política. El caso de Barcelona será paradigmático en este sentido, pues de alguna manera se erigirá en epicentro intelectual de la izquierda catalana. No hay mejor praxis, en definitiva, que una buena teoría: las revistas filosófico-políticas florecieron, desplazando la vida cultural de los seminarios y corrillos universitarios al exterior (en el caso de Muñoz, será clave la publicación *Materiales*, impulsada por él mismo y frecuentada por Sacristán y su círculo), las traducciones de autores extranjeros proliferaron (sin ir más lejos, nuestro autor tradujo a Lukács) y la importación de las más punteras corrientes extranjeras fue permeando el paisaje español, la mayor parte de las veces porque se veía en esa apertura europeísta, como tantas veces ha sucedido en nuestra tradición, el antídoto al estancamiento castizo.

En resumen: la España filosófica se abría, igual que la política, a la envidiada y mitificada Europa. Giro tras giro nos actualizábamos: la hermenéu-

tica llegaba a través del acercamiento a Gadamer de Emilio Lledó, la fenomenología encontró su mejor embajador en Fernando Montero Moliner, las huestes analíticas desembarcaban por varios flancos (ya a finales de los 50 Tierno Galván traduciría el *Tractatus*, y el propio Muñoz leería su tesis sobre *Wittgenstein y la filosofía analítica del lenguaje ideal* en 1973; en Valencia, además, la filosofía del lenguaje de corte analítico contaba con uno de sus más meritorios introductores: Josep Lluís Blasco), el marxismo y la Teoría Crítica impregnarían las discusiones políticas en revistas y partidos y, finalmente, por completar el trazado, la primacía de la ética encontraría sus valedores en las figuras de Aranguren y Muguerza. El mapa se rediseña porque el territorio se recompone. El corolario será la plena inserción institucional y profesoral de estos saberes y figuras.

Sin embargo, como asienta Jorge Novella Suárez, «esta divulgación [de autores y corrientes europeas] se convertiría en una colonización de nuestro pensamiento, que ahogó a filósofos españoles equiparables y homologables a los autores importados, inaugurando un modo de hacer filosofía que dejaba atrás las distintas tradiciones del pensamiento español» (p. 78). Conviene recordar esta (no tan) paradójica situación, además de por completar el esbozo histórico que pretendemos, porque el propio Muñoz nos previene contra el riesgo de nuevo escolasticismo que los complejos de la filosofía española pueden acarrear, atrincherada en monografías, comentarios y estudios y trocando creación por (presunta) eru-

dición que no acaba siendo sino repetición. En términos de Muñoz, abundan los «intérpretes excelentes» pero mendejan los «compositores resueltos». Y si se pierde de vista que la función de la filosofía es la comprensión y transformación de la realidad histórica, mejor cerrar la puerta y apagar las luces.

JACOBO MUÑOZ, MARXISTA POLIFACÉTICO

Estas son, en suma, las líneas maestras del novedoso edificio filosófico que irá consolidándose definitivamente en los 80. Ya hemos avanzado varios datos biográficos e intelectuales de Jacobo Muñoz; resta, sin embargo, pormenorizar su trayectoria y resaltar sus aportaciones.

Tal vez uno de los aspectos más interesantes de los artículos compilados es que en la mayoría de ellos subyace una decisión interpretativa que José Luis Moreno Pestaña hace explícita: «La historia de la filosofía nos acostumbra a incluir a los pensadores dentro de los géneros y las especies. Una vez clasificados, se juzga la relevancia. Existe otra manera de reconstruir el trabajo intelectual (...) que se pregunta cuáles eran las razones por las que alguien se dedicó a esta área de la filosofía y no a otra (...): estudiar la conexión entre una trayectoria social y una creación intelectual» (pp. 39-40). Esta combinación de factores de análisis, además de prevenirnos de esquemas clasificatorios con tendencia a la cosificación, *humaniza* al autor, le reconoce esa *carne y hueso* tan cara a Unamuno,

y permite lecturas relacionadas con el entorno socio-político y biográfico del pensador en cuestión, ampliando de este modo nuestro horizonte.

Así, descubrimos que es incomprendible el perfil de Jacobo Muñoz sin rastrear su militancia política, que se inicia durante su formación en Valencia al amparo de diversos grupúsculos socialistas y se intensifica con el PSUC a lo largo de la etapa barcelonesa (sin olvidar que nuestro autor se afilia al PCE ya en 1966). El propio Muñoz se define en cierto lugar como un «compañero de viaje» del Partido Comunista, descripción que trasluce una consciente ambivalencia: por un lado, patentiza su compromiso militante y su opción por el modo de praxis comunista; pero, por otro lado, interpone una suerte de barrera que lo aleja de la acción directa para reconocerse como un apoyo más teórico e intelectual que estrictamente político. Sin embargo, volviendo a su testimonio, solo abandonará el partido tardíamente, cuando las luchas entre carrillistas y anticarrillistas lo desencantan y opta por tomar distancias. Sea como fuere, lo que resulta meridiano es que no puede explicarse su creación filosófica sin aludir a un compromiso político que, como a tantos otros autores, le ofertó dimensiones específicas de situaciones y problemáticas seguramente inalcanzables para el *docto* que se recluye en su torre de marfil.

Jacobo Muñoz se nos aparece entonces como una figura fundamental para comprender los derroteros del marxismo español. Junto a las facetas de editor y traductor que ya hemos señalado (papeles que le posicionan en la joven

vanguardia del pensamiento español más escorado a la izquierda), hay que sumar una fama creciente de brillante y heterodoxo profesor (sus clases, al parecer, combinaban la exposición rigurosa y sistemática con el apoyo de grandes exponentes de la literatura universal en general y de la poesía en particular, de la que siempre fue un enamorado), y así hasta desembocar en sus dos grandes aportaciones de los 80 y los 90: el esfuerzo de repensar la tradición española para sortear la colonización foránea a la que antes aludimos –su interés creciente por Ortega, Santayana, Eugenio Trías, etc., da cumplida cuenta de este ímpetu– y su original recepción de la Teoría Crítica. Posibilidades éstas antaño vedadas y abiertas al fin, entre otros, por nuestro autor.

Lejos quedan ya las célebres (y, visto con perspectiva, un poco forzadas) polémicas entre «analíticos» y «dialécticos» que animaran el ambiente la década anterior (Jacobo Muñoz, por cierto, aunque adscrito por Aranguren a las filas de los dialécticos, fue también avezado introductor de doctrinas epistemológicas colindantes con la analítica, como ha quedado dicho con su afición por Wittgenstein). Más calmadas las aguas y pasado el vendaval de las primeras agitaciones –unido, además, a la consagración académica de la mayor parte de actores del momento–, Jacobo Muñoz reelabora el legado frankfurtiano partiendo de la admiración por la *Dialéctica de la Ilustración* y la reivindicación de un Horkheimer a su juicio con frecuencia malinterpretado.

Amén de lo meritorio de explorar territorios peligrosos para la ortodoxia (célebre es también su diálogo con una filosofía francesa tenida por sus colegas como reaccionaria cháchara posmoderna), su interés por la primera generación de la Escuela de Frankfurt ha de entenderse asimismo como una toma de partido frente a lo que empezaba a ser una nueva hegemonía; en este caso, a una (teórica) socialdemocracia representada en lo político por la expansión del PSOE le acompañaba, en aulas, seminarios y medios de comunicación, la justificación y celebración ideológica de una izquierda que había abandonado ya su cariz emancipatorio. Nos referimos, en lo que respecta a la filosofía, a la entronización y promoción de Jürgen Habermas como nuevo paladín de la democracia.

No es necesario abundar en los autores españoles que han hecho de Habermas, y concretamente de la vertiente dialógica que puede colegirse de su ética, su plataforma intelectual; pero sí es conveniente señalar que Muñoz entrevió que el contexto para el que escribiera Habermas su teoría de la acción comunicativa –a saber: la reconstrucción del Estado Social tras la Segunda Guerra Mundial– había derivado ya hacia el cauce neoliberal que hoy nos asola de forma absoluta. Y contra las mixtificaciones del trascendentalismo habermasiano supo oponer y reclamar a quienes fueran las primeras influencias del ideólogo alemán. La osadía fue, por lo demás, doble, pues no solo pugnó contra la nueva ideología dominante entre la progresía filosófica, sino que se atrevió a combinar y completar

la tradición frankfurtiana con figuras como Lyotard y Foucault, de quienes sospechaban no solo los habermasianos sino también, aunque por razones opuestas, los viejos revolucionarios.

Tal vez sea esta vocación ecléctica e interdisciplinar, siempre presidida por el ideal emancipatorio de la filosofía y el afán por hacer «ontología del presente», la que hizo que sus alumnos y discípulos lo tuvieran por una personalidad ejemplar. Pues, en base a las influencias e intereses que hemos ido enumerando, se puede considerar a Jacobo Muñoz como un marxista polifacético y heterodoxo, en nada dogmático y al tiempo radicalmente comprometido; de Marx a Lukács pasando por Wittgenstein, de los clásicos de la literatura alemana a la poesía de Cernuda y Gil de Biedma, de la Escuela de Frankfurt a la filosofía francesa, nuestro autor recorrió al hilo del presente y sus injusticias no pocos senderos y áreas que pudieran colaborar a la emancipación. Pues ésta última, la emancipación, y la filosofía como herramienta para alcanzarla, constituye en su obra el objetivo y horizonte que ni podemos ni debemos evitar, so pena de cavar nuestra propia tumba.

EN LA ENCRUCIJADA DE LA EMANCIPACIÓN

El ideal emancipatorio de la filosofía, que hunde sus raíces en el racionalismo ilustrado y se fortifica en los marxismos, es el gran tema que preside de una u otra forma los trabajos de las otras dos secciones del libro (aunque

el lector encontrará también complementos y ampliaciones de los temas abiertos en la primera parte, en especial acerca del marxismo de Muñoz y su recepción de la Teoría Crítica). No es de extrañar, así las cosas, que en no pocos de estos trabajos salga a la arena el caso de Richard Rorty como recurso para tematizar la situación. Y es que, en efecto, como subraya el mismo Muñoz al hablar del «viraje pragmático», Rorty ha sido uno de los más influyentes dinamiteros del enfoque normativo de la reflexión filosófica, hasta el punto de renegar de los tres principales ingredientes del pensamiento «fuerte» que Muñoz reivindica en uno de sus textos más recientes: la verdad, la racionalidad y la realidad. Y si se devalúan estas tres nociones –de las que muchos dirían que son la estructura constitutiva del pensamiento occidental–, la emancipación peligra o, cuanto menos, pierde su sentido más sustancioso.

El tema es de sobra conocido. La crisis de la Razón, y los excesos cometidos en su nombre, unida a la quiebra de las esperanzas utópicas que presidían no pocos análisis propuestos en los siglos XIX y XX, llevan a un replanteamiento de las cuestiones centrales de la tradición filosófica del lado de lo que Vattimo caracterizó de forma célebre como «pensamiento débil». Tiempos descafeinados, en definitiva: se afirma el final de los metarrelatos comprensivos y en su lugar, posmodernidad mediante, llega lo fragmentario y el pastiche, la renuncia a la universalidad y el triunfo del desamparo (o *desasosiego*, que diría Muñoz). Cinismo y contemporización para muchos, luci-

dez y descreimiento para otros. Lo sugerente del enfoque de la obra es que visualiza un eje no siempre manifiesto en estas polémicas, a saber: la indisoluble co-pertenencia entre metafilosofía, epistemología y teoría de la racionalidad. El tipo de epistemología que uno profese arrastrará, quiérase o no, unas marcadas concepciones acerca de qué sea el sujeto y, *eo ipso*, de la naturaleza y funciones de la propia filosofía. Y a la inversa.

Así, por seguir con el (neo)pragmatismo y su diagnóstico, a la tradicional concepción del conocimiento como creencia verdadera adecuadamente justificada, se contraponen la idea (relativista para unos, etnocentrista para otros, indeseable para la mayoría) de que el conocimiento no puede ser otra cosa que el conjunto de aseveraciones consensuadas frente a un auditorio o contexto concreto, siempre falible y carente de referencias o criterios transculturales que aseguren la validez incondicionada del mismo. Si *todo vale*, ¿dónde queda la antaño preciada capacidad normativa de la filosofía en el terreno ético-político? Y si no vale todo, ¿qué es rescatable de esa verdad, de esta razón y de aquella realidad tras ciertos excesos metafísicos que se han revelado poderosamente reaccionarios a lo largo de la historia?

Con este tópico se miden el resto de artículos del libro, siempre con las advertencias de Jacobo Muñoz en el ambiente. La filosofía ha llegado a un *límite* con el que tiene que lidiar, e ignorarlo no devendrá más que una sofisticada forma de autoengaño. Un autoengaño cuya mayor perversidad

puede consistir en aceptar calladamente el actual estado del mundo.

CONCLUSIONES

Por ir concluyendo: estamos ante una obra enjundiosa y variada, que apuesta por un estilo de hacer filosofía alejado del escolasticismo y dispuesto a abordar lo importante antes que lo urgente. Un libro en el que el lector interesado en la intra-historia de la filosofía institucional española encontrará claves para comprender y valorar la «transición filosófica», y en el que los interesados por el marxismo español reconocerán en Jacobo Muñoz una figura fundamental.

Por lo demás, cuestiones como las del relativismo y la universalidad se abordan con perspectivas tanto epistemológicas cuanto antropológicas; la

normatividad o el «dejarlo todo como está», como afirmó Wittgenstein de la inutilidad de nuestra disciplina, se plantean aquí desde la óptica política, gnoseológica e incluso literaria; el fragmentado sujeto de nuestros días y su líquida identidad personal se presentan como la correspondencia lógica con el discurso del fin de la historia y el triunfo del neoliberalismo global, y en consecuencia se lo combate. Por eso, frente a todo y pese a todo, después de todos los post, los neo y lo meta, la crítica a la ideología y el ideal emancipador son aquí en conjunto reivindicados, si bien convenientemente pulidos y actualizados.

No corren, en definitiva, tan malos tiempos para nuestro quehacer: allá donde persista e insista la estupidez, como recordara Deleuze, será un imperativo moral que la filosofía acuda a ajustar cuentas.

.....
JAVIER RUIZ MOSCARDÓ es investigador en el Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento de la Universitat de València.